

Albarrán Especial

Obama no tiene prisa en reforzar la frontera

Jorge Luis Sierra

Las políticas militares de México y Estados Unidos hacia su frontera común tienen dinámicas muy diferentes y es posible que un desequilibrio importante en esa región esté en curso.

Mientras el presidente Felipe Calderón despliega de lleno a las Fuerzas Armadas, su homólogo Barack Obama, mucho más interesado en enviar tropas a Afganistán, se muestra dubitativo y resistente a las presiones de los gobernadores fronterizos, que le exigen el envío de otros 250 soldados de la Guardia Nacional en adición a los 150 ya existentes en la Fuerza de Tarea Conjunta contra el Narco-Terrorismo que tiene su sede en Arizona.

El presidente Obama ha insistido en la necesidad de trazar una estrategia amplia de seguridad en la frontera, antes de tomar la opción de militarizarla. Eso ha significado que en lugar de extender el muro y emplear a soldados, Obama le apuesta al uso de plataformas tecnológicas sofisticadas para detectar movimientos humanos en la línea fronteriza, al aumento del número de agentes federales para vigilar el tráfico de armas a México y a la creación de un nuevo centro de inteligencia del FBI en El Paso, Texas, dedicado a analizar la problemática mexicana.

El aumento de la protección fronteriza está dentro de los planes de Barack Obama, pero no parece ser por el momento una de las tareas más urgentes.

La Patrulla Fronteriza, que se ha convertido en una agencia con disciplina militar y ha alimentado sus filas con veteranos de guerra provenientes de Irak y Afganistán, espera tener unos 20 mil efectivos al terminar este año. Sin embargo, los planes para dotarla con tecnología avanzada han tenido dificultades.

El Departamento de Seguridad Interna (DHS, por su sigla en inglés) ha tenido problemas técnicos para terminar el llamado Proyecto 28, que consiste en una red de radares, sensores, cámaras

de video y torres de transmisión de microondas, que están conectadas con la Patrulla Fronteriza y con el cuartel general de un batallón del Ejército en Tucson, Arizona.

Por el momento, el proyecto está limitado a unos 4.2 kilómetros (2.8 millas) de la frontera y ha tenido que ser pospuesto hasta 2011. El DHS desarrolla otros dos proyectos similares en Arizona, y evaluará a finales de año si es posible extender la plataforma a toda la franja fronteriza del estado. Pero eso sucedería, de completarse, hasta 2012 o 2013.

A falta de tecnología, el gobierno pretende apoyarse en los alguaciles de los 23 condados fronterizos con México para crear una primera línea de defensa. Sin embargo, los alguaciles prefieren usar sus recursos escasos en el combate a los delitos en sus demarcaciones y se resisten a luchar contra la inmigración indocumentada, argumentando con razón que esa es una responsabilidad federal.

México entonces parece solitario en su esfuerzo de vigilar la frontera mediante la saturación militar de zonas controladas por narcotraficantes. Los recursos provenientes de la Iniciativa Mérida están llegando a cuentagotas y el grueso de agentes municipales, estatales y federales sigue desarmado, intimidado y controlado por el narcotráfico.

Esta situación ha generado un desequilibrio en la seguridad fronteriza. El narcotráfico está cambiando sus ejes de operación y está diversificando su actividad criminal para abrumar a las fuerzas federales y agobiar a los ciudadanos comunes a través del secuestro y la extorsión. El problema fundamental es que la violencia del narcotráfico está creciendo y tocando a los ciudadanos mientras la definición de una estrategia binacional sólida y eficiente tiene otros ritmos y está gobernada por otras prioridades.

jlsierra@hotmail.com

Especialista en seguridad y fuerzas armadas

